



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO II.

PUNTOS DE SUSCRICION.
Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39.
Madrid, en las principales librerías.
Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, 8.

No se devuelven los originales que no se utilicen.

20 de Agosto 1878.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, un mes, adelantado 2 ptas.
En toda España y Portugal, trimestre, 7
pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. 25 *
En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas
americanas, semestre anticipado, en oro. 20 *

NÚM. 11.

Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.

SUMARIO.

GRABADO: Vista del Dique de Matagorda en colores.

TEXTO: Errores de educacion, por ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.—La gran causa del bello sexo, por NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.—La Danza Macabra, por SOFÍA TARTILAN.—*Poesías*: A la madre de Patrocinio de Biedma, por C. DE L. ARTEAGA.—A María, por G. N.—Al fin, por M.—A S. M. el Rey, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Aspiraciones, por ROSENDO DEL RIO.—Lo adiviné, por JESÚS PANDO Y VALLE.—Viaje á Valencia, por CONCEPCION GIMENO.—Carta de arriba, por I. DE P.—Revista de Madrid, por SOFÍA TARTILAN.—Virginia (*novela*), por FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.—Noticias.—Anuncios.

ERRORES DE EDUCACION.

IV.

LA DESCONFIANZA.

EN el mundo moral hay como en el físico, sierpes bajo las flores, espinas bajo las rosas. La ley de las compensaciones es terrible: la flor más grande y bella no tiene aroma; la cara más angelical tapa un alma diabólica; el fruto más hermoso y apetecible, es insulso ó amargo; el amigo más cariñoso y expresivo, es el más falso y traidor; la perspectiva más bella, es un fenómeno de espejismo ó un juego de óptica; la mujer más bella y amante, es egoísta ó perjura.

En cambio, la violeta y el jazmin guardan en el cáliz los más suaves perfumes, como los rostros más vulgares la virtud y el talento: el tallo más tierno y la raíz más escondida, encierran el antídoto y la medicina, como el maestro más severo ó el censor más insoporrible, el amor y la verdad; y la dura roca ó la árida costa, la seguridad y el abrigo; como la aldeana más inocente y ruda, la fidelidad y el ánimo.

Ley de las compensaciones, tristísima unas veces, consoladora otras, admirable por su justicia siempre!

Para que nadie pueda enorgullecerse con sus propios méritos, las virtudes más acabadas

llevan una mancha; para que nadie pueda abatirse bajo el peso de su misma miseria, las faltas más graves aumentan el brillo de una virtud. Bandidos con escapulario al pecho, y héroes con desfallecimientos; gentes honradas que envidian y murmuran, y criminales que se arrepienten y lloran.

Ahora bien: á la educacion toca disminuir los negros rasgos del carácter y lavar las sucias manchas de la conciencia, para que sobresalgan los lindos colores de la virtud y no se oscurezca el iris del alma; y claro está que en el catálogo de nuestros males los hay de fácil remedio y de funestísimo abandono.

Los que aparecen más frecuentemente, son los desdeñados como leves; y como no hay enemigo pequeño, engreídos y alentados por la misma libertad en que se les deja, crecen á favor del desden, se robustecen con el ejercicio amplio que les procura el hábito y concluyen por decidir nuestro carácter y determinar nuestra conducta. Entre ellos se cuenta la *desconfianza*: vicio muy común y que parece justificar en cada uno la malicia general.

Considerada como un preservativo precioso contra las maldades del mundo, no sólo se la tolera cuando aparece, sino que se la engendra y desarrolla con empeño cuando se nota su total ausencia. Se la reputa como un arma, quizás la única ó al menos la más eficaz, para vencer en la lucha social que espera al adolescente, y se procura condimentar con ella el insulso manjar de la inocencia, como se arrojan en las viandas algunos granos de sal, preservativo contra la putrefaccion. Caen algunas gotas de ese veneno en el tierno corazón del niño ó en el inesperto del joven, y se extienden con prodigiosa rapidez, absorbiéndolas por completo el candor de su conciencia; que no parece sino que la candidez tiene hambre de malicia, y que la inocencia se nutre con la *desconfianza*.

Y esto basta; queda aprendida la ciencia del bien y del mal, que si en verdad deja posible la realizacion de lo bueno, tambien produce la exposicion de la práctica de lo malo. Y á esta primera leccion del mundo se le llama *abrir los ojos*; y no temen darla los mismos

padres, y aún abrir curso de tal ciencia para sus hijos, que aunque nadie desconoce cuanto duele, es bien sabido cuanto aprovecha. Su supuesta utilidad, sirve de tapadera á la realidad de su dolor.

Ahora bien: la *desconfianza* mina la conciencia y se enseñorea bien pronto de la vida; imprime un sello tan profundo en el carácter, que rebosa por el rostro; se hace punzante la mirada y burlona la sonrisa; se fruncen las cejas y se tornan sarcástica la expresion é irónicas las palabras; oscurece la frente la nube de la duda y brota perezoso y tímido el pensamiento de nuestra boca; hay siempre incredulidad en la conciencia y miedo en el corazón; porque la *desconfianza* es la fuente del escepticismo, y el escéptico es cobarde.

Como el avaro que teme siempre que le roben el tesoro, el desconfiado teme que todo el mundo le engañe y le burle; como aquel vé un ratero en cada hombre, éste vé un embaucador en cada individuo; y como aquel defiende su oro sepultándole en lugar escondido, éste asegura su idea y su sentir hundiéndolos en las profundidades de su sombría conciencia.

Obsérvese que hay en el hombre una propension constante y harto natural á trasladar á la conciencia ajena las cualidades y los estados de la propia; y así como la buena fé supone generosamente en el alma de los demás la lealtad y la franqueza que la embellecen, así la *desconfianza* cree capaz al mundo entero de las traiciones y de las malicias que se engendran en su torpe seno. Es axioma de moral, que *de nadie está más cerca el mal que de aquel por cuya mente pasa su idea*; porque es evidente que para ejecutar lo malo, es preciso haber pensado en ello; y que por tanto, quien de continuo lo piensa es el más expuesto á realizarlo. Esta regla podrá tener sus excepciones; pero éstas no bastan á destruirla, por la razon sencilla de que no son suficientes para erigir en ley los hechos contrarios. Todo el que piensa en el mal, no lo realiza, es cierto; pero todo el que lo realiza, ha pensado en él; y entre dos personas, una que piensa constantemente en el mal y se habitúa de este modo á su idea, y

otra que lo repugna y lo combate, es clarísimo que más próxima á ejecutarlo se halla la primera que la segunda. Agregad sino á la familiaridad interna del mal, la tentación externa, y el mal sale de las entrañas del pensamiento en mentiras, del seno del corazón en rencores ó del fondo de la conciencia en crímenes.

Hay que desconfiar del *desconfiado*: es más, no hay que desconfiar de nadie más que de él; porque con su incredulidad nos ofende y con su conducta nos daña: al ver que contesta con la ironía á nuestra lealtad y con la duda á nuestro desinterés, lastima nuestra honradez, ofende nuestra moralidad y se hace despreciable é indigno de nuestro trato; y al recibir de él mañana unas acciones en armonía, no con nuestros merecimientos, sino con sus miserables suposiciones, se hace digno, no ya de la conmiseración y del desprecio, sino de la severidad y del castigo.

Hay más mérito real, más valor moral, y más belleza de situación, en aquel que es engañado por el malo, que en aquel que se pone en guardia contra el bueno; y aún preferible es caer bajo el peso de la intriga y de la astucia, que salvarse á costa de las malas artes. Diariamente simpatiza el vulgo en nuestros teatros con el héroe trágico y se irrita contra el traidor de comedias: el recto sentido le arrastra á amar y compadecer á la víctima, y á odiar y maldecir al verdugo, cuando aquella simboliza la inocencia y éste el engaño. No importa que en el mundo parezca suceder lo contrario: después de todo, si la popularidad y el aplauso acompañan en la sociedad al éxito, aún cuando el éxito sea el triunfo de la mentira y de las malas artes, en la conciencia moral sólo vemos la verdad y el honor, aún cuando resulten caídos. Los triunfos del *desconfiado* son siempre pobres y odiosos; porque los títulos de su vencimiento son ridículos cuando no son infames. Déjese, pues, al dios *éxito* que á duras penas se haga adorar entre los políticos; la moral ha destrozado sus altares, y la sociedad debe negarse á rendirle culto.

Ni compra la *desconfianza* su dominio á poco precio; que no basta abatir á los demás hasta las mezquinas proporciones de un alma desconfiada, para hallar la dicha: el imperio del *desconfiado* se parece al del déspota: éste rebaja los hombres á siervos, como si fuera honroso imperar sobre esclavos; y aquel los reduce á malvados, como si fuera grato mandar en un presidio. Así es que el *desconfiado* sufre; lleva el castigo en la culpa; y mientras por de fuera zumba el desprecio y le amenaza la indignación, por dentro le roe el miedo y le punza la duda. No es posible que viva feliz quien vive en el aislamiento, y la *desconfianza* es ancha zanja abierta entre el individuo y la sociedad: ésta huye del malicioso condolido y asustada, y lejos de esforzarse por romper la barrera que aquel levantó á su alrededor, vá desatando uno por uno los lazos que á él le sujetan, hasta dejarle á solas con sus torpes sospechas y sus menguados afectos: el decoro público condena al lazareto del desprecio al apestado de *desconfianza*.

Y no se detienen en esta obra de aislamiento y relegación ni los que se sienten unidos por los más sagrados lazos; poned sino la *desconfianza* en el seno del hogar doméstico: ponedla entre los cónyuges, y nacerán los celos con su horrible poder disolvente, con sus grotescos incidentes, con sus dramáticas escenas y con sus trágicos desenlaces; ponedla entre los hermanos, y nacerá la rivalidad con sus lamentables faces, con sus tristes peripecias, con sus criminales resultados; ponedla entre padres é hijos, y nacerán las más punibles faltas, los más funestos errores, los más monstruosos atentados; ponedla, en fin, entre amos y criados, y nacerán las acusaciones, los escándalos y hasta los delitos.

Poned la confianza donde ántes reinaba la duda, y todo es apacibilidad y calma, amor y felicidad. La confianza es el fundamento de la sociedad y la condición esencial de la vida humana; el orden político, el mercantil, el judicial, el económico, el privado, descansan sobre ella; paz pública, transacciones de todo género, seguridad individual, prosperidad general, orden doméstico, moralidad, en fin, en todas partes, la tienen por fundamento.

Educad, pues, á los niños en los principios de lealtad y franqueza, para que lleguen á jóvenes generosos y sinceros y á hombres nobles y rectos: hacedlos verídicos y crédulos, porque el amor á la verdad y la profesión y el culto de la justicia, corresponden á la confianza y á la credulidad, así como la hipocresía corresponde á la mentira y la desconfianza á la malicia. Ved que donde sembréis la *desconfianza*, colocáis las semillas del infortunio, y que si permanecéis indiferentes ante el pensamiento de unas consecuencias que habrán de ser funestas, por el egoísmo de que no han de recaer sobre vosotros, la sociedad que las recibe y Dios que os juzgará, habrán de haceros responsables de las imperfecciones de vuestra obra: sobre todo, no olvidéis que más vale sucumbir con gloria, que vencer con oprobio; y que es mejor un candor que la malicia llama necedad ó estupidez, que una malicia que la inocencia apellida corrupción é infamia.

ROMUALDO A. ESPINO.

LA GRAN CAUSA DEL BELLO SEXO.

POEMA EN PROSA.

Decoración sexta.

Hemos atravesado los Pirineos y nos instalamos en París, la gran corte, la gran escuela de la moderna civilización y cultura, así como de la malignidad y el *Vaudeville*, su hijo legítimo según Boileau. La Francia también llevaba acuestas su bagaje de preocupaciones y servidumbre para hacer á la mujer esclava sumisa y responsable del honor de las familias. Allí también, hacia los felices tiempos que reseñamos, se la encerraba en el hogar sin más educación que la de hacer calcetas y entender del *pot-au-feu*, vestida de Santa *Muselina* ó San *Percal*, y saliendo á misa, como emparedado ó *Sandwich* entre dos canes Cerberos, todo con el importante fin de evitar el nacimiento de los *puerros cervinos* en la cabeza del marido.

Este sistema á la turca era demasiado ridículo para que durara mucho ante el ojo de águila del francés para distinguir las sandeces y chocheos humanas. La gran cuestión que existía latente en la sociedad vino á plantearse franca y abiertamente y en un tribunal cuyo fallo, es inapelable, el teatro.

El gran Moliere fué el procurador fiscal de parte de la conciencia pública. Habló y *tout est dit*. Hay ciertas épocas para la solución de cada problema social y ciertos genios para pronunciar ó ser eco de la general creencia. El siglo XVII lo fué para la solución teórica de la emancipación de la mujer, como el XVIII para su consagración legal, y el XIX para su realización práctica; pero á no dudarlo, su gran abogado defensor fué el ilustre poeta cómico del siglo de Luis XIV.

El régimen de reclusión, de sugestión, y la manía sistemática de considerar á la mujer incapaz de cultivo intelectual, había llegado á su apogeo. Hasta el saber las letanías y decir correctamente el *Gloria patri* se había juzgado como despunte de agudeza.

El ideal debía ser, puesto que muchas preces sacramentales sólo se conocen en el idioma del Lacio, que la mujer dijese *gazafones* que no entendía, para diversión de los ladinos, que á su vez probaban con esto, la insuficiencia del sexo débil. Respecto á la reclusión y la vigilancia continúa ya la conciencia popular se había revelado, y nuestro refrán antiguo decía á este propósito:

Madre, la mi madre,
Guardas me poneis;
Que si no me guardo,
No me guardareis.

Entre otras muchas lecciones de los sabios nos daba Cervantes la que envuelve *El Celoso Extremeno* al lado de cuya heroína, hasta los animales domésticos pertenecían al sexo femenino. Pero estaba reservado al autor de *Tartufo* el revestir de forma intenciosa esas verdades que se hallaban en la conciencia de los hombres de buen sentido y li-

bres de preocupaciones. Liseta habla de este modo en la *Escuela de los maridos*, en nombre de su sexo: «Cuando se nos encaja algo en el magín, el hombre más ladino hace el papel de un topo. Ninguna precaución es obstáculo á nuestros intentos; lo más seguro es el confiar en la mujer, pues nos da ganas de pecar el ver el gran cuidado que se pone para apartarnos del pecado. Nuestro sexo ama la libertad y en vano con austeridad se le aprisiona, porque no se forma la virtud de la mujer con la desconfianza, los cerrojos y las rejas, y en suma *mujer guardada, medio ganada*.»

Todo esto no era más que la ciencia, resultado de una larga experiencia. Sujeción, esclavitud, pero ¡ay de la virtud si flaqueaba un eslabón de la cadena, ó si los Argos cedían al sueño ó al poderoso influjo de las dádivas! Y ¿sobre quién arrojar la responsabilidad? No habiendo responsabilidad sin libertad, era una cosa desconocida para la mujer. Sólo existía y podía existir una sanción poderosa, la del fuero interno, y ésta tenía en frente la absolución en el confesionario. ¡Pobre sociedad donde la condición y la vida de la mitad de los seres estaba fundada sobre bases tan falsas y artificiosas! Y á este ser colocado en tales condiciones: á este ser á quien por principio se negaba la instrucción, el cultivo del entendimiento hasta el punto de no enseñarle á leer ni escribir se fiaba y reservaba la educación de los hijos en la infancia! Verdaderamente es cosa de milagro que los pueblos hayan podido vivir asentados sobre el absurdo. No es extraño llegara una época en que las sociedades decaían visiblemente, en que todo caminaba al revés, y en que los abusos y las preocupaciones dominaban la vieja Europa. Cuando en medio de esto se elevaba alguna protesta y la mujer quería reivindicar su derecho, se llegaba á un extremo que servía verdaderamente de argumento para apretar más los lazos de su servidumbre. En vez de formar la mujer ilustrada, se llegaba á la mujer ridícula entrometida en cuestiones metafísicas, en academias de eruditos, convertidos en bachiller y pedante del tipo de *Monsieur Trissotin* y sus discípulas Belisa y Filaminta tan felizmente puestas en ridículo en «Las mujeres sabias.» No había término medio: ó la ignorancia más crasa hasta el punto de no saber distinguir entre una figura de rigodon y una torta á la crema, ó la pedantería insufrible de despedir á una cocinera por una falta de gramática.

Tomamos en Francia por guía á Moliere en razón á ser el pintor más acabado y perfecto de aquella sociedad y el que satirizando estos dos extremos censurables preparó el camino para la revolución que más tarde hemos visto en este punto. Y no se diga que este escritor tuviese una grande idea de la mujer. En la *Escuela de los maridos* dice por boca del burlado:

«Desgraciado del que se fia de mujer después de este ejemplo. La mejor es un abismo de malicia. Es un sexo engendrado para atormentar al mundo entero y al cual renuncio para siempre y le doy á los mismísimos diablos.» Ciertamente hay que considerar la situación de quien tales palabras profiere, como cuando Shakespeare hace decir á Hamlet: *Fragilidad, tu nombre es de mujer*; ó cuando Leonato en la tragedia *Cuisbelina*, al creerse engañado por Imogen, prorrumpe en los términos más duros que puede imaginar un despedido. Pero aunque no habla el autor en estos casos, siempre se vislumbra su manera de pensar en la compaginación de los caracteres, ya que no en las palabras. Anselmo, por ejemplo, es un marido no menos burlado en *El Curioso Impertinente*, de Cervantes; pero sin embargo, no profiere la más leve queja, ántes bien se culpa á sí mismo, y compadece á Camila. No sale mejor parado Carrizales con la conducta de Leonora, en el *Celoso Extremeno*, y lejos de maldecirla y con ella al bello sexo, la compadece y perdona, reconociendo lo insensato de su conducta. En general, no puede excusarse á un autor porque hablen los personajes y no él, pues fuera de aquello de

Quien te canta la copla

Es quien te la sopla

el autor es el que traza las situaciones y caracteres, y en esto demuestra sus aficiones, opiniones y preferencias. Verdaderos, sinceros y genuinos admiradores ó defensores del bello sexo han sido escasos entre los ingenios de la época que estamos examinando, á excepción del príncipe de nuestros escritores que supo colocarla en su verdadero lugar, con ser de los primeros que chocó contra la preocupación social sobre las leyes del honor respecto al matrimonio. Moliere, que estudió mucho á Cervantes, hasta el punto de haber casi compuesto una escena del *Bourgeois Gentilhomme* con conceptos y palabras de un capítulo de la segunda parte del *Quijote*, pudo haber bebido su espíritu respecto á esta materia, si su filosofía, sus creencias y las locuras de los hombres no le hubiesen desengañado y pre-dispuesto para ser el mayor azote de tales preocupaciones y sandeces.

De advertir es también, que la sociedad, en las cosas que directamente le perjudican, es ántes y más sabia que todos los sabios juntos, y cuando un error la gobierna ó la encadena, invariablemente comienza á pugnar y trabajar por desahirse de él. El mérito de los sabios consiste en ser los

primeros que notan estos hechos, ó los denuncian con la fuerza poderosa de su elocuencia ó de su sátira. Esto es lo que hizo Moliere, entre otros muchos errores, con el de la preocupacion del honor marital. Para la Francia era, en efecto, una pesada carga toda la teoría y para-fernalia del sentimiento, del honor y del escrúpulo que se había asentado en los cascos de los hidalgos españoles montados á la quijotesca. El francés ama sobre todo la buena vida, el buen humor y la tranquilidad del hogar, imposible de alcanzarse con el duende de la responsabilidad del marido por las ligerezas de la mujer. Plantear la cuestion era resolverla.

La moral no tenía nada que responder á la severa investigación que en el campo de la historia se hacia de los matrimonios desgraciados por la ignorancia, sujecion y servidumbre de las esposas, y nuestros vecinos veían, que ó era preciso emparedarlas y darlas á comer por una gateira, ó estar siempre broquel y espada en mano agujereándose la piel para sacar sangre con que labar las manchas del honor. La posicion era ridícula de veras, y el carácter francés que tiene un ojo muy fino para sorprenderlo, dedujo que el oficio de quita-manchas era una ocupacion poco provechosa y apropiada á un hombre que tiene hartos negocios en que quebrarse la cabeza. Moliere, verdadera encarnacion de ese carácter, epicureo por aficion de escuela como por naturaleza, no hizo más que abordar de frente la cuestion, y exponer los alegatos con su vis cómica y epigramática y la corriente de las ideas comenzó á cambiar al apoyo de una autoridad tan inapelable.

El autor de *Sganarelle* creó una conciencia nueva, puesto que era imposible acallar la antigua. Empezó por maldecir el primero á quien se le ocurrió unir el honor del hombre á cosa tan volátil como la mujer. Manifestó que siendo todo crimen personal, ¿qué tenía que ver el honor del marido con la infamia que á sus espaldas pudiese cometer la esposa? Todo esto no tenía fundamento alguno y era preciso despreciarlo en vez de ir á batirse y afrontar la muerte por ello. Si uno hace de valenton y por ventura el amante le atraviesa las entrañas con su espada en un duelo, ¿ganará mucho su honor?

Pero el francés es lógico y una vez adoptado un principio no retrocede ante sus consecuencias, como lo ha demostrado en sus revoluciones políticas. Una vez comenzado el trabajo de zapa había que removerlo, cambiarlo todo, áun lo más respetado y consagrado por la costumbre y las tradiciones: *il n'y a rien de sacré pour un sapeur*. Era preciso dar más libertad á la mujer así doncella como casada, ó mejor dicho á la doncella, que una vez adquirida, no la soltaria en el nuevo estado matrimonial. Libertad de salir y entrar, de ir á los bailes y reuniones, de recibir visitas, de escribir á quien quisiere, de recibir obsequios, de entretenerse en el juego, de coquetear en suma. La sociedad de los maridos decía para su capote: si al fin nos han de ser infieles, más vale que lo sean por su propia cuenta y no tengan que achacarnos participacion indirecta de ninguna especie.

La facilidad con que se aquieta y tranquiliza la conciencia de los maridos en Francia es por demás admirable. Parecía que se había dado con la horma de su zapato, ó en otros términos, que la mujer era de tal índole en la tierra gala, que no había más salida que venir á tal conclusion por bien de paz. La mujer, según la expresion de Arnolfo en la *Escuela de los maridos*, fué hecha en Francia para coquetear, y los hombres para tolerar sus coquetuerías. Con semejantes condiciones por ambas partes, no es extraño que hayan llegado al punto de amigable inteligencia en que hoy se encuentran la mayor parte de los matrimonios que en otras épocas serian ejemplares vivos de un continuo infierno.

Pero no se crea que todo esto fué procedimiento dialéctico y que cambio tan radical en las creencias y costumbres fué obra de un silogismo y de un epigrama. La revolucion se verificó primero y más repentinamente en Francia que en otra nacion alguna, porque en Francia había una provocacion legal, una especie de tiranía paterna desconocida en las demás naciones de Europa. En casi todas el amor y la voluntad de las doncellas eran consultados y tenidos en cuenta para las resoluciones sobre el importante asunto de la union conyugal: en Francia eran atropelladas y desoidas. La voluntad de los padres triunfaba sobre la de las hijas, la conveniencia sobre la eleccion y el interés sobre el amor. El deseo justo de libertad fundado en la condicion del ser, y existente en todas partes se hallaba avivado y justificado en Francia por una preocupacion que aún subsiste y acaso más fuerte que nunca, de tal modo que ha podido ceder á todo, aceptarlo todo, con tal de no perder un átomo de su poderio.

La escena cuarta del acto segundo de *Jorge Daudin*, nos ofrece una viva, breve cuanto completa pintura de ese error y de sus consecuencias.

Copiamos parte de un diálogo entre él y su esposa.

Angélica.—«Por lo que á mí me toca, os declaro que no tengo intencion de renunciar al mundo y enterrarme viva

en un marido. ¡Vaya! ¡porque á un hombre se le antoja desposarnos, ha de acabar todo para nosotras, y hemos de romper con todo comercio con los vivos! Me hace gracia esta tiranía de los señores maridos y su candidez de exigir que muramos para todos los placeres y sólo vivamos para ellos. Yo me río de eso y no quiero morir tan joven.

Daudin.—«Es esa la manera de corresponder á la fé que me habeis dado públicamente?

Angélica.—«¿Yo? No os la di de buen grado. Vos me la arrancasteis. ¿Habeis pedido mi consentimiento ántes del matrimonio, ó preguntado siquiera si os amaba? Para eso no habeis consultado sino á mis padres. Ellos son los que realmente se han casado con vos, por lo cual bueno será que os quejeis á ellos de los disgustos que os puedan sobrevenir. En cuanto á mí, que nunca os dije que os casárais conmigo, y que me habeis tomado por mujer sin consultar mis sentimientos, no quiero ligarme á ser esclava de vuestra voluntad, y quiero gozar, para que lo entendais, de los dias de juventud que el cielo me conceda, tomarme las libertades que la edad permite, ver algo en el mundo, y disfrutar del placer de escuchar requiebros. Preparaos á esto, para vuestro castigo, y dad gracias á Dios de que no soy capaz de cosas peores.»

Esto es plantear la cuestion de una manera clara y neta. Una sociedad que establecía esa que llaman union santa y sublime de los corazones sobre cimientos tan prosaicos y ruines como los del vil interés, no podía estar dispuesta á tolerar servidumbre, ni trampantojos de honra. La mujer tenía derecho á dar á su marido á lo más, el usufructo del cuerpo, y eso bajo ciertas condiciones, y conservar el corazón libre para entregarlo á quien le viniera á cuento, porque los hombres han hecho las leyes, pero no pueden legislar contra las de la naturaleza. Los contratos matrimoniales podrian arreglarse y áun se arreglan á espaldas de las jóvenes y sin contar con ellas para nada; pero éstas tenían derecho, y lo que es más tuvieron el valor de ejercitarlo, para alquilar la habitacion desocupada que era el corazón. ¿Con qué título iban los maridos á exigir fidelidad? ¿Fé de qué, si no la había dado más que con los dientes y contra su voluntad? Tal vez sucedía que el trato engendraba el cariño, ó que la mútua conveniencia exigía el guardar ciertos respetos; pero cuando tales razones no existían, la mujer era libre para disponer de su afecto, y los maridos reconocieron ese derecho. ¿A qué habían de alarmarse por una situacion creada por ellos mismos? ¿A qué habían de rendir culto á ese fantasma de la honra y morir en el palenque ó vivir de continuo con la barba sobre el hombro, sobre lo que hacían ó podían hacer sus esposas? Las ideas, pues, del honor, aunque se implantaron en Francia, ó no arraigaron mucho ó fueron desarraigadas bien pronto por la fuerza irresistible de las cosas. Moliere dice que en su tiempo el ver cortejar á su mujer sin decir esta boca es mía, era costumbre en muchas gentes honradas, así como era general el unir al marido la menestra de un amante.

Finalmente, una tiranía por una parte, y el desprestigio de una preocupacion ridiculizada, hizo que la mujer empezase en Francia á querer igualarse con el hombre, sin poderlo conseguir más que en parte en la sociedad conyugal, dando con esto el primer golpe de azadon á los cimientos de la familia. Continuó su servidumbre en todo; pero al ménos había emancipado el corazón del mismo yugo voluntario del matrimonio.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA.

Madrid: 1878.

LA DANZA MACABRA.

El poema musical que lleva el título con que encabezamos estas líneas es, sin duda, una de esas creaciones que revelan el genio de quien las produce, y se imponen al siglo en que brotan, dejando en pos de sí esa estela luminosa que marca el paso de una inteligencia privilegiada.

Hace apenas algunos meses, la extraña composicion de Saint-Saens, era desconocida entre nosotros, y bastó una sola audicion, para que inteligentes y profanos la aplaudiesen; para que maestros y legos la calificasen de obra admirable. El solo anuncio de dicha pieza musical, ha llevado á los conciertos de la Sociedad Union-artística un numero público; y sin embargo *La Danza Macabra*, nada tiene de dulce, ni de armoniosa ni de melódica; ántes por el contrario, es un extraño conjunto de notas agudas, ásperas extridentes, secas, inarmónicas, vibrantes. Pero este conjunto encierra una idea grande, obedece á un pensamiento profundo, representa algo que extremece, algo que horroriza, y sabido es que lo horrible atrae, como atrae el abismo.

¿Qué es la *Danza Macabra*? Ya lo decimos ántes: una

creacion grande, basada en otra creacion sublime, para realizar este duo han sido necesarios dos genios.

Cerca de cinco siglos hace que dos grandes artistas, Holbein y Alberto Durero, el primero con la paleta y el segundo con el buril, dieron vida á *La Danza de los muertos*. Artistas y filósofos, lanzaron con arrojado valor al rostro de la corrompida sociedad de su época en sangriento epigrama los vicios que la manchaban. Obreros de la inteligencia, proclamando la libertad del pensamiento, escribieron en el lienzo y en el bronce las amargas censuras que los grandes de la tierra no quieren escuchar jamás. Con esa luz misteriosa, que hace que se vean anticipadamente los sucesos del porvenir, comprendieron que la libertad, hija predilecta de Dios, vive en el espíritu para ser madre de las grandes ideas, de los pensamientos levantados; para caminar á través de los tiempos, llevando en la diestra la antorcha sagrada del progreso humano, y con el valor que dá la conciencia del deber, llenaron su mision.

Corría el siglo XIV: la sociedad había llegado á un estado tal de corrupcion, sobre todo en las altas clases, que nada tenía que echar en cara á la corrompida Roma del imperio. A la cabeza de la Iglesia estaba un Alejandro VI. Los Borgias, los Colonnas, los Estes y los Visconti en Italia, se disputaban el cetro de la disolucion y el libertinaje. En Francia, el incesto y el adulterio, usurpaban el poder al trono; una reina libiana, Isabel de Babiera, y un duque ambicioso, *Juan sin Miedo*, administraban la herencia de un rey demente, manchando el solio con sangre y cieno. En Inglaterra un Enrique VIII sanguinario y feroz; una corte corrompida, una nobleza degradada y un pueblo abyecto: hé aquí todo lo que podía ofrecer. España no presentaba mejores ejemplos de moralidad: Rusia, Alemania, el mundo, en fin, parecia sentir la necesidad de purificarse con un nuevo diluvio. Cienso abajo; sangre y lodo arriba.

Tal era el cuadro desconsolador que ofrecían á la historia los últimos tiempos de la Edad media. Las almas rectas miraban con horror los vicios sociales, sin hallar el remedio, y los espíritus valientes alzaban la voz del único modo que les era posible hacerlo.

En medio de este caos apareció *La Danza Macabra*. Un judío español, nacido en Carrion de los Condes, llamado Rabbi Santob, escribió en setentas estrofas y cuatro estancias, una especie de poema dramático en el que, la muerte, convoca á todas las clases sociales, cuyos individuos han dejado de ser, y las invita á tomar parte en una danza general. Allí se ven confundidos el prelado y la cortesana, el militar y el sacerdote, la religiosa y la dama del gran mundo; el monje y la abadesa, el rey y el verdugo, el emperador y el pordiosero. Allí, en confuso torbellino, hace que se mezclen y se agiten rozándose, la púrpura y el sayal, el oro y la miseria, la belleza y la fealdad, la juventud y la vejez. Este poema se llama *La Danza de los muertos*.

Grandes y pequeños, al mirarse satirizados, pues cada cual reconoció su propio retrato en aquellos personajes fantásticos, se irritan, alzándose contra el judío un coro de injurias y detracciones. Le acusan de profanar la religion cristiana, metiéndose á dar consejos y repartir censuras; pero él se defiende en una preciosa letrilla que dice así:

«Por nacer en espino
La rosa, yo non siento
Que pierda, ni el buen vino
Por salir do sarmiento.
Nin vale el azor menos
Por que un vil nido siga,
Ni los ejemplos buenos,
Por que judios los diga.»

La sátira, escrita en España, recorre las cortes extranjeras. *La Danza de los muertos* hace estremecer á los vivos y se procura olvidarla. En efecto, despues de algun tiempo el cuadro dramático del Judío Español era sólo un monumento literario, porque en la forma, y en la soltura y fluidez de los versos estaba muy por encima de todos los poetas sus contemporáneos.

Ya casi se había olvidado la citada composicion, cuando Alberto Durero hizo un viaje á Venecia para reclamar reparacion por unos grabados suyos, que le habían sido falsificados. Durero no gustaba de los artistas italianos. La vida silenciosa que estos hacían repugnaba á su espíritu casto y recto; y por lo tanto pensó en volverse pronto á Alemania, su patria; mas habiendo conocido á Juan Bellini, que le agasajó mucho, permaneció algun tiempo en Roma. *La Danza de los muertos* había corrido de mano en mano entre los artistas y literatos de la ciudad Eterna: Durero oyó hablar de dicha composicion; la creyó buena para asunto de uno de sus trabajos, y sobre ella grabó su famoso *Caballo de la muerte*. Muerto Durero, aparece Holbein, verdadero genio de la pintura alemana y teniendo á la vista los grabados de aquel, llevó á cabo en Basilea su famoso cuadro *La Danza Macabra* que reproducido por el buril del célebre Wohlgemuth, ejerce más tarde una tan poderosa influencia en el arte.

Completado, pues, el pensamiento del poeta judío español por el pincel de Holbein y los buriles de Durero y Wo

higemuth, comienza esa serie de altos y bajos relieves que enriquecen las catedrales de los siglos xv y xvi. La muerte toma parte visible, y se apodera de todos los lugares y situaciones de la vida, para hacer una horrible mueca allí en donde se escuchan las risas del placer. El mueble dorado, el tocador de la hermosa, el lecho esculpido, el salón destinado al banquete, nada respeta: entre el follaje y las hojas de acanto, entre las volutas y los capiteles, en las ricas ensambladuras; en la espléndida vajilla, fabricada de preciosos metales, en la espesa tapicería, bordada de brillantes colores, en todas partes en fin, *La Danza Macabra* deja ver sus siniestras figuras. La muerte muestra su descarnado esqueleto por entre los pliegues del manto real, debajo de la púrpura del prelado, á través de las galas de la impúdica cortesana, y por los desgarrados harapos del mendigo.

No discutimos ahora si la sociedad mejoró por medio de esta amarga medicina: sólo relatamos hechos. Las ásperas carcajadas de las descarnadas bocas, el crujir de los desnudos huesos, las grotescas contorsiones de aquellos rostros sin mejillas, eran un constante aviso, una censura para aquella corrompida sociedad, que parecía haber olvidado que existe otra vida de premio ó de castigo. El tiempo tiene misterios que él sólo puede aclarar. Quizá aquellas sociedades se familiarizaran con la muerte, hasta el punto de hallarla grotesca en lugar de hallarla terrible.

Han pasado, según decimos al comenzar, cerca de cinco siglos. El poema dramático del judío Rabbi, los grabados de Durero, el cuadro de Holbein y las ricas producciones de Wohigemuth habian llenado su misión, y pasado á ocupar el lugar merecido en las artes. Hoy ha venido á resucitar aquellas muertas creaciones una creación viva por medio del divino arte.

L'Danse macabre, poema musical de Saint-Saens, sintetiza en sus agrestes notas, todo lo que de burlesco, de amargo, de terrible, encierra *La Danza de los muertos* pintada por Holbein y grabada por Wohigemuth. La muerte de pie sobre una tumba del cementerio de Basilea, convoca á los muertos para que danzen, mientras ellos tocan en un violin un wals extraño.

Es media noche: el viento helado de Diciembre silba entre los cipreses y las criptas de los sepulcros. Los muertos salen de sus tumbas, envueltos en los sudarios, y de mala ó buena voluntad, obedecen. El baile ha comenzado: las cuerdas del violin gimen bajo el arco: el extraño ritmo crece, se eleva: notas discordantes, ásperas, inarmónicas llenan el espacio, en el que se oyen al mismo tiempo ayes desgarradores y extridentes carcajadas. El viento se ha convertido en huracán; la infernal algazara va en aumento. De cuando en cuando se escucha el crujir de los huesos descarnados: el averno parece haber abierto sus anchas bocas para vomitar sobre la tierra todos los condenados á eterna reprobación. Ha llegado el período álgido; pero el gallo canta; saltan las cuerdas del diabólico instrumento; la danza ha terminado. Ya era tiempo. Al escucharse la última nota, el corazón late apresuradamente; un fuerte martilleo golpea las sienes; se siente, en fin, algo parecido al vértigo.

El genio musical de Saint-Saens, venciendo todos los obstáculos, hace tangible, palpable, todo el horror de los sepulcros abiertos. En el áspero crujir de aquellas notas, tan extrañamente combinadas, se creen escuchar carcajadas y lamentos que nada tienen de humanos. No es aquel llanto el llanto que implora el perdón, ni la risa del placer: es la desesperación eterna del condenado. La confusión, el caos, la terrible igualdad de la muerte: el campo segado por su feroz guadaña.

La juventud, la hermosura, la riqueza, el poder, los honores han desaparecido. Todos los esqueletos son igualmente blancos y descarnados: todos los huesos chocan con el mismo siniestro crujido.

Tal es, imperfectamente bosquejada la pieza musical, que lleva por título el epígrafe que hemos puesto á la cabeza de estas líneas.

SOFÍA TARTILAN.

Madrid, 1878.

Á LA MADRE DE PATROCINIO DE BIEDMA. (1)

«Si tuvimos una Avellaneda
hoy tenemos una Biedma.»
C. Gimeno.

Noble señora, salud:
Perdona mi atrevimiento
Si te mando un pensamiento
Al compás de mi laúd.
Yo no te conozco á tí:
No sé siquiera tu nombre;
Mi ignorancia no te asombre,
¡Vives tan lejos de mí!...

(1) La Sra. D.^a Isabel de la Moneda y Riefrio, viuda de Biedma.
(N. de la R.)

Pero conozco y admiro
Á tu hija, que aunque de lejos,
El Sol manda sus reflejos
Á cuanto abarca en su giro.
Y como tengo en la cuna
Á una hija del alma mía
Y sueña mi fantasía
Para ella gloria y fortuna,
Pienso en tu dicha, señora,
Al ver á tu Patrocinio,
Cuyo egregio raciocinio
Arrebata y enamora.

Pienso en lo que sentirás
Al verla jóven, brillante,
Hermosa, amada, triunfante,
Y cómo la adorarás!...

Y tengo el atrevimiento,
De soñar que la hija mía
Pueda igualar algún día
Á la hija tuya en talento.

Que cuando aquella cansada
Deje su pluma brillante
Sobre ese laurel gigante
Que la dá Europa admirada,

Ésta recoja esa pluma
Como una bendita herencia,
Envolviendo mi existencia
De su gloria entre la bruma.

Y no dudo yo que pueda
Ser verdad esta mentira:
¿Pues qué, no heredó la lira
Tu hija de la Avellaneda?

¿Si la andaluza galana
Tan grande genio absorbió
Por qué no he de esperar yo
Que vuelva á una americana?

Mas, perdona mi egoismo;
No, que de escribir no deje;
Que deleitando aconseje,
Ó que instruya, que es lo mismo.

Y ya que Dios permitió
Tal ventura para tí,
Amándola, desde aquí
He de compartirla yo.

CARIDAD L. DE ARTEAGA.

Habana: 1878.

Á MARÍA.

Yo soy el que esperabas... ven! Gallarda
Surge con blanca túnica cubierta;
Adormido tu espíritu me aguarda
Y yo digo á tu espíritu: ¡despierta!
Acércate! Dios quiso que te quiera
Porque no te comprenden los pequeños;
Vengo á ocupar el trono que me espera
En el mágico alcázar de tus sueños!

Ámame! Soy aquel que tú mirabas
En las noches serenas del Estío;
Cuando tu vista lánguida fijabas
Trémula de pasión en el vacío.

Yo también te soñé cual me soñaste;
Con el buril sublime de la idea
Tus formas delineaba, y tú brotaste
Como surge del mármol Galatea.

Así!... morena... negro tu cabello
Descendiendo en sedosas espirales;
Con ese casto y torneado cuello,
Con tus trémulos labios de corales.

Te habia soñado así: nerviosa y alta,
Diáfano el cutis, sonrosado apénas,
Con yo no sé qué luz que hierve y salta
En las azules curvas de tus venas.

Negros tus ojos que el amor agita,
Con algo de Julieta enamorada,
Y más negros aún cuando palpita
Desdémoma celosa en tu mirada.

¡Yo te amo! ¡Ven conmigo! Para amarte,
Toda mi alma de poeta guardo,
Porque siento en mi espíritu al mirarte
La frenética fiebre de Abelardo.

Ven! Ven! que nuestras almas abrazadas
Dejen la tierra do lloré proscrito,
Y crucen, por un vértigo llevadas,
Como Paolo y Francesca el infinito.

Nadie puede decirte lo que ahora
Quedo, convulso de pasión, te digo;
Tú naciste con alma soñadora
Y no puedes vivir sino conmigo.

¡Ven! tu mejilla como flor temprana
Al soplo del rubor se colorea,

Porque tienes el alma de Susana
En la plástica forma de Frinea.

Yo te daré cuanto tu amor soñaba;
Todo conmigo realizarlo puedes,
Te haré beber el néctar que escanciaba
En la olímpica fiesta Ganimedes,

Quiero estrechar tus manos palpitante,
Y para darte al porvenir te llamo,
Que si me falta voz para ser Dante
Tú eres más grande que Beatriz, y te amo!

G. N.

AL FIN...

Á M.

Como renace con el Sol de estío
Germen que oculto por la tierra estaba;
Como se aviva el extinguido fuego
Que roja chispa en sus cenizas guarda;
Como brota violenta la corriente
Que comprime la roca en sus entrañas;
Como rompe la luz las densas nieblas;
Como el rayo las nubes apiñadas;
Como surge la vida de la muerte,
Así al vivo calor de tu palabra
Se alzó mi amor, que al parecer dormía,
Á la espontánea vibración del alma.

M.

A S. M. EL REY, EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

La verdad inmutable de la muerte
Enseña ¡oh Rey! á conocer la vida!
El que ha visto morir, ya no se cuida
En demandar favores á la suerte.

En el dolor, el débil como el fuerte,
Aprenden algo que jamás se olvida;
Y es que el no ser, la nada tan temida,
Todo lo igualan con su fuerza inerte.

Ese imposible que vencer no sabe
Ni el poder ni el amor; ese vacío
Donde ni dicha ni esperanza cabe;
Decir parecen con su aspecto frío

Que no se ha de buscar gloria que acabe,
Sino de algo inmortal el poderío.

PATROCINIO DE BIEDMA.

Cádiz: 1878.

ASPIRACIONES.

Tierna y preciosa niña,
Bella y galana,
De talle de palmera,
De tez de nacar;
¿Á qué me miras,
Si tu pecho por otro
De amor suspira?

Hay un ardiente anhelo
Dentro del alma,
Que el corazón devora,
Que no se apaga:
No te comprenden,
Ni aprecian el tesoro
De amor que sientes.

Yo apercibo ese aliento
De amor divino,
Suave, misterioso,
Grande infinito,
¡Y qué tristeza
Ahogar mi sentimiento
Callar mi pena!

Solitario en la tierra
Y errante vivo
Sólo con mis querellas
Y mis suspiros:
Sé tú, alma mía,
Consuelo en mis pesares,
Dulce alegría.

Si al nacer la mañana
La brisa inquieta

Con perfumado ambiente
Tus labios besa;
Puro es mi afecto,
Tan puro como el eter
Azul del Cielo.

Tus gracias, tus encantos
Y tus hechizos
En fresca primavera
Luces con brillo:
¡Cuando mi vida
Decae en el Otoño
Mustia y marchita!

De rosas el Oriente
Siembra la aurora,
El mar besa la orilla
Que el Sol colora:
¡Consuelo santo!
Amar á Dios... y luego,
¡Verte á mi lado!

ROSENDO DE LOS RIOS.

Cádiz, 1878.

LO ADIVINÉ.

Lo adiviné cuando te ví llorando
Ante aquel crucifijo,
Pues la que es inocente á más de hermosa
Y penas no ha sufrido
Cuando la engaña alevé algun amante
Sólo en Dios poderoso encuentra alivio.

JESUS PANDO Y VALLE.

Oviedo: 1878.

VIAJE Á VALENCIA.

CARTA TERCERA.

JULIA mía: Hoy no puedo comunicarte gratas emociones: una nube de melancolía envuelve mis pensamientos, oscureciendo mis diáfanos horizontes. La última impresión que me domina es tristísima; en estos momentos acabo de llegar á la ciudad de los vivos después de haber paseado dos horas por las pobladas calles de la ciudad de los muertos.

El cementerio de Valencia es una pequeña ciudad; largas y numerosas calles, anchas plazas, distintos estilos arquitectónicos.

En este fúnebre paseo, he sido acompañada por mis queridas amigas, la bondadosa familia de Ramis, á la cual jamás demostraré bastante mi gratitud por las atenciones que diariamente me prodiga, desde que tengo el gusto de hallarme en su amable compañía.

Elvira y yo nos dirigimos á buscar la tumba de Arolas, mientras la madre y hermanas de Elvira, nos seguían paulatinamente entreteniéndose en leer algunos epitafios.

El sepulturero que nos acompañaba pasó delante y se detuvo en una estrecha calle, ante un nicho confundido entre ciento.

Grande fué mi asombro al contemplar el del autor de las poesías orientales, el del prodigioso númen, el astro que más brilló en el Cielo valenciano, el artista creador de soberbios alcázares y fantásticos palacios en los mundos de la idea, encerrado y oscurecido entre cuatro ladrillos y dos puñados de tierra.

Ni la amistad le ha consagrado una siempreviva, ni la literatura patria una rama de laurel.

Mientras estúpidos magnates descansan en soberbios mausoleos, y la vanidad levanta lujosos cenotafios, elevados panteones, urnas cinerarias y alabastrinas estatuas, los sacerdotes de las musas, los admiradores del Génio, los entusiastas de Arolas, no le tejen una corona de encina y mirto.

En el templo de la igualdad, en el alcázar de la verdad, en el santuario de la modestia, impera también el oro, y á él se rinde constantemente tributo.

La comedia humana no termina en el sarcófago; mientras yo contemplaba una tumba guardada por la estatua del dolor cubriéndose los ojos con su manto, el sepulturero me decía: «Quince años hará que nadie se acerca aquí.»

Al leer en una lápida «Recuerdo eterno» observé

que la mano del olvido tenía casi borrada la inscripción, cubierta de polvo.

¡También la hipocresía habita en los santos lugares!

Lo que me admiró extraordinariamente es que los enterrados en el suelo, los pobres, no tienen una sencilla cruz que divida una fosa de otra, ni guarde un nombre grabado en modestos caracteres.

La hija agradecida no podrá dedicar á su virtuosa madre un ramo de pensamientos, por el temor de colocarlos sobre las cenizas de alguna mujer impúdica.

Quiero abandonar estas reflexiones tan aflictivas, porque no es deber mío referirte impresiones luctuosas.

Contrasta con lo que te dejo manifestado, la cariñosa protección que en este país se dispensa á la indigencia. Se hallan admirablemente montados los establecimientos benéficos, entre los cuales se distinguen la Asociación de Ntra. Sra. de los Desamparados, el Asilo de San Juan Bautista, Asilo de Campo y Colegio imperial de huérfanos de San Vicente Ferrer, y otros que dependen de la provincia.

Los niños pobres usan uniforme elegante, semejándose á los opulentos niños de los colegios particulares.

El pueblo valenciano es sensible, filantrópico, tierno y misericordioso.

No he querido salir de Valencia sin conocer la gran fábrica de tabacos construida por el arquitecto Felipe Rubio.

Consta de tres cuerpos altos y uno bajo, que forma dos patios en el centro, quedando divididas las habitaciones altas de ambos por una arquería.

La fachada está adornada con pilastras dóricas en el primer cuerpo y fajas en el segundo, y las puertas y balcones con frontispicios circulares. En medio se halla el escudo de armas reales y esta inscripción: «Don Carlos III, año de 1860» y por remate, la estatua de este monarca ejecutada por Ignacio Vergara.

He visitado también la Audiencia donde se reunía la antigua Diputación, edificio destinado actualmente para la administración de justicia.

La decoración es de orden dórico; las paredes de piedra de sillería, y su remate está coronado con una cornisa y balaustrada de piedra también con pomos esféricos sobre sus pedestales, y pirámides más elevadas en los cuatro ángulos: son muy notables las techumbres por sus ricos artesonados y dorados. En la principal antecala está colocado el retrato del rey D. Jaime y de los príncipes sucesores, y enfrente de esta antecala, hay una portada de orden dórico, la cual dá entrada al antiguo local donde se reunía la Diputación.

En las paredes de este histórico local se encuentran los retratos de los individuos que componían aquella respetable y célebre corporación.

Sería monótono hablarte todavía de la parte escultural y arquitectónica de la población; después de haber descrito todos los principales monumentos, es muy justo que consagre algunas líneas á darte cuenta del movimiento literario observado desde mi permanencia en esta ciudad.

Se verifica actualmente el renacimiento literario lemosin, respondiendo de este modo á la cruzada literaria que hace años iniciaron en Cataluña los poetas y escritores de aquel país, entre cuyos jefes se distinguieron los reputados escritores Sres. Balaguer y Velay Briz. Es natural que Valencia imite á su hermana Cataluña; la patria de Ausias March, no podía permanecer indiferente á este llamamiento.

Los propagandistas valencianos en esta cruzada van capitaneados por el laureado poeta é ilustrado literato D. Teodoro Llorente, y entre los más entusiastas vates que secundan la idea, enarbolando la misma bandera, se cuentan los Sres. Pastor y Aicart, San Martín y Aguirre, Altet y Arroyo y Almela, casi todos laureados en distintos certámenes.

Como en Cataluña, trabajan los escritores valencianos para crearse un teatro propio.

Los fecundos y modestos poetas Sres. Balader y Palanca, dieron el primer paso, introduciendo en la escena el drama valenciano, mientras que el popular y festivo Eduardo Escalante, apellidado el D. Ramon de la Cruz valenciano, hace las delicias del público con sus chispeantes piezas, las que retratan las costumbres de las clases populares.

Son muchos los poetas que hoy escriben con éxito para el teatro valenciano, brillando entre ellos los señores Millas, Ovara, Huertas y otros cuyos nombres no recuerdo.

La literatura popular lemosina está representada por el infatigable poeta D. Constantino Llombart, que contando con notable aptitud para trabajos serios, se ha dedicado al género humorístico, publicando libros epigramáticos como el *Nin d'abelles*, con objeto de que no desaparezca la lengua nativa en las clases populares.

En este momento recibo un tomo escrito en lemosin, titulado *cuentos vells y baralles noves*, obra del conocido poeta Sanmartín y Aguirre, acompañado de *El Pandemonium* y *Baladas y Cantares* del mismo, obras que he leído con el mayor gusto, quedando agradecida á la galantería del autor.

El reputado maestro normal D. Andrés Fernández Ollero, ha tenido la bondad de favorecerme con un ejemplar de su importante libro *Geografía descriptiva recreativa*, obra nueva en su género y de gran utilidad.

Esta obra declarada de texto y que merece ser adoptada en las escuelas, está impresa en diferentes caracteres de letra; idea ingeniosa para que los niños al terminar el cartón se ejerciten en la lectura, nutriendo su inteligencia con estudios instructivos y amenos, siempre al alcance de sus débiles facultades y observando el cuidado de no fatigarlas.

El popular poeta Francisco Palanca y Roca no sabía leer á los 17 años de edad: seguía el oficio de panadero por ser el de su padre, pero la gran afición que tenía á las letras, le obligó á introducirse en una imprenta, donde en pocos días le pusieron al corriente del sencillo trabajo que debía desempeñar.

En la imprenta se desarrolló su afición á la poesía, improvisó mil versos que no podía retener en la memoria, hasta que un día compuso en las cajas por no saber escribirla, una oda al mar, de la cual sacó una prueba que fué leída en la imprenta con aplauso de personas competentes que allí se hallaban.

No contentándose con el oficio de impresor y sintiendo pasión por la escena, se dedicó á ella conquistando muchos triunfos.

Doña María Toral, primera actriz del teatro de la Princesa, había dado el encargo de que escribiesen los poetas alguna pieza en valenciano, que estrenaría para su beneficio, y Palanca lo hizo, dictándosela á un amigo por no saber escribir él.

Llágimes á una famella, se titula la susodicha pieza, que alcanzó un éxito extraordinario.

Comprendiendo cuan necesario le era aprender á escribir, se dedicó con admirable constancia, empezando por imitar la letra de imprenta. En grotescos caracteres escribió su drama *El ángel de salvación*, representado en Madrid en el teatro de Novedades, y juzgado ventajosamente por el público.

Hartzenbusch y Castelar le prodigaron varios elogios.

Más tarde fué Palanca á Orán contratado como primer actor y director en una compañía dramática española. Por aquel tiempo fué Napoleón III á visitar la Argelia, rica colonia de su imperio: los franceses y los españoles que vivían en Orán, obsequiaron al Emperador con versos, y la colonia española encargó á Palanca una poesía, por la cual le dedicó el Emperador, una medalla de oro con una inscripción laudatoria.

Actualmente tiene representadas Palanca unas 23 comedias.

Como Palanca, hay muchos que podrían brillar en el mundo de las letras, si no fueran tan indolentes.

Al pasar por la plaza de San Francisco, me he detenido á ver la magnífica galería de retratos del fotógrafo García, uno de los primeros de Valencia. Los tiene magníficos y de varios estilos, pero los venecianos y Rembrandt, los hace admirablemente: he decidido retratarme en su gabinete fotográfico, que está montado á la altura de las naciones más cultas.

Cuanto en Valencia llame mi atención y cuanto me conmueva, te lo referiré verbalmente, porque muy en breve tendré el placer de abrazarte.

Ya vuelven á sus hogares gran número de viajeros. En la semana anterior acompañé á la estación del ferrocarril á varias amigas.

Quedo altamente complacida de Valencia y sus habitantes, dedicando un especial testimonio de gratitud á la prensa periódica por el elevado concepto que he merecido á sus ilustrados y galantes representantes.

El recuerdo de Valencia será para mí un arco iris en mis encapotados horizontes, una fúlgida estrella en las nebulosidades de mis días, una aromosa flor en los eriales de mi existencia, una página feliz en los anales de mi alma.

Tuya siempre,

CONCEPCION GIMENO.

EL DIQUE DE MATAGORDA DE LOS SRES. A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

CUANDO se recorre con los ojos del alma el triste estado de nuestra industria y nuestro comercio; cuando en ciudades que fueron eminentemente mercantiles se ve por todas partes ese terrible anuncio de «Liquidacion», sobre las muestras que indican al transeunte que en aquella casa habia un veneno de riqueza y crédito, cuyo epitafio es el terrible anuncio; cuando no se oye hablar más que de tantos ó cuantos miles de obreros que no tienen trabajo, y que se hallan reducidos á la miseria más horrible, se apoderaria de nuestro espíritu la más sombría amargura, si en medio de tan negro cuadro no se encontrasen algunos, aunque pocos, toques de luz que hiciesen descansar el pensamiento de tantas lástimas y desolacion tanta, para fijarlo en algo más consolador. En medio de ese general desaliento, aún hay hombres valerosos que arrostran las mil y mil trabas impuestas á la industria; aún hay compañías valerosas que se lanzan á empresas realmente atrevidas, donde miles de obreros encuentran el pan cotidiano; aún hay en el extranjero quien sepa que en nuestra querida España se sabe y se puede trabajar porque sobra inteligencia, lo que falta es.... proteccion.

Nos ha sugerido estas reflexiones el siguiente artículo que traducimos del *Glasgow News*.

El sólo dice mucho más, que cuanto nosotros pudiéramos agregar para satisfaccion de los Sres. A. Lopez y Compañia y sus representantes en esta plaza: él sólo basta para que todos de comun acuerdo exclamemos: *mucho debe el país á dichos señores por su insistente perseverancia en el trabajo: pues por la nueva obra, ya terminada, de Matagorda, han merecido realmente bien de la patria, por lo que representa para el país en general y para Cádiz en particular.*

Dice así el artículo:

«Los turbulentos acontecimientos de los últimos veinte años habian borrado por completo, de la Península, el recuerdo de los antiguos tiempos de Al-«vire y Wellington, cuando un puñado de soldados españoles é ingleses, bajo las órdenes de Gálzám, defendian á Cádiz contra el formidable ejército de «Sóult; y cuando el fuerte de Matagorda defendido «por una pequeña guarnicion de valientes marineros «y soldados ingleses, saltaba en pedazos ante el mortífero fuego de las líneas francesas del Trocadero. «Estos nombres históricos y gloriosos, están hoy representados á manera de losa funeraria, por unos «montones de cimientos ruinosos y una línea de terraplenes, de lo que fueron trincheras francesas, y hoy «son propiedad pacífica de la Compañia de los Sres. «A. Lopez, de Cádiz, Barcelona y Santander, cuyo jefe ha sido recientemente agraciado con el título de «Marqués de Comillas, por el Rey D. Alfonso, en recompensa de los servicios que la Compañia ha prestado al país, y de lo mucho que ha hecho y hace «para resucitar la grandeza comercial de España.»

«Posee la Compañia una veintena de vapores trasatlánticos poderosos, los cuales conducen la correspondencia tres veces al mes entre las Antillas españolas y la madre patria, y tienen comodidades para «pasaje, semejantes á lo mejor de nuestras líneas trasatlánticas; haciendo cuando lo necesita el gobierno, viajes extraordinarios para conducciones de tropas y provisiones para el ejército. La mayor parte de «estos vapores han sido construidos en el Elyde, y cuando han necesitado grandes recomposiciones han «vuelto á él ó á Belfact para entrar en dique. Pero ya «esto no volverá á tener lugar; porque el mismo terreno donde españoles é ingleses sostuvieron un sitio «glorioso contra el entonces enemigo comun, ha sido «convertido por ambos, aliados nuevamente, en un «gran arsenal mercantil para pacíficos propósitos comerciales.»

«Las obras se componen de un Dique de carenas, de 500 piés de largo en el piso, 64 de ancho en la

«puerta con 24 ó 26 piés de agua para la entrada, todo «construido de piedra. Al Dique se entra por una «dársena, encerrada entre dos magníficos y espaciosos «muelles, sobre los cuales se están montando fuertes «gruas y tenazas para elevar calderas. La compañía «posee hoy vastos talleres de recomposicion, situados «en el Trocadero, que serán enseguida trasladados á «los terraplenes inmediatos al dique, montándose «martinetes y laminadores, y estableciéndose fundiciones de bronce y hierro; en una palabra, un Arsenal mercantil completo.» (1)

«El primer vapor que ha entrado en dique ha sido «el *Guipúzcoa*, el 2 del actual. Este buque fué construido en el Elyde por los Sres. Deuny de Dumbar-ton. El segundo ha sido el *Avio*, un gran vapor portu-«gués que ha venido expresamente de Lisboa con «ese objeto; y están anotados varios otros con muchos «meses de antelacion. El Dique está abierto á los bu-«ques de todas las naciones, con lo cual se ha venido «á llenar una gran necesidad á las marinas mercan-«tes del mundo, que hace tiempo se hacia sentir, para las reparaciones y carenas de alguna consideracion porque en la mitad del Atlántico y el Mediterráneo, no habia Arsenales mercantiles de primera clase «de alguna importancia entre Southampton y Alejandria, y en el Sud Atlántico ninguno más cerca que «los de Rio Janeiro y el Cabo de Buena Esperanza.»

«Interesa á *Glasgow* conocer los nombres de los «obreros insignes que han ejecutado esa notable edificación sobre fango, erizada de inmensas dificultades teóricas y prácticas de direccion como de ejecucion. Las obras todas han sido inteligentemente «ejecutadas por obreros españoles, sabiamente dirigidas «por el eminente Ingeniero Mr. Robert Bruce Bell, de «la «Compañia constructora de Olives del Elyde», «ayudado por su no ménos digno compañero Mr. Lister, hábilmente secundados ambos por el estudioso «español D. Eduardo Pelayo, Ingeniero de los Sres. «A. Lopez y Compañia.»

Después de tal artículo, sólo podemos dar las gracias más afectuosas en nombre de nuestros obreros y del Ingeniero español, á tan galantes aliados; nuestros plácemes más entusiastas á los Sres. Bell y Lister, bien conocidos por sus notabilísimas obras hidráulicas, especialmente por las de diques, y á los Sres. A. Lopez y Compañia nuestra enhorabuena más calurosa por ese nuevo paso, que con su levantado espíritu de siempre han dado en la via de nuestra regeneracion comercial: al Sr. Pelayo le felicitamos tambien por la cooperacion que ha tenido en una obra que tanto interesa á la propiedad de la industria nacional, y á la de Cádiz en particular.

I. DE P.

CARTAS DE ARRIBA.

De la mansion de los justos días... del año de la creacion de los mundos 9753.

ESTIMADA Directora del CÁDIZ: Há unos cuantos, de esos espacios de luz y tinieblas que vosotros llamais días, llegó á nuestros espíritus tu artículo referente á revoluciones, y la contestacion á éste de Servando de Dios: y como el tal asunto tiene para mí interés muy especial, aunque no fuera sino porque una de esas crisis me facilitó el camino para llegar tranquilamente á estos mundos de la verdad, me ocurrió ayudaros con mi experiencia y mi ciencia, hoy ya casi celeste, para que tomeis la cuestion en su verdadero aspecto filosófico; y no anatematiceis tú tanto, lo que seguramente no quierdes anatematizar; ni Servando sublimice tanto, lo que no puede, ni quiere realmente sublimar.

Conoces mi historia sólo con ver mi firma: sabes, pues, que cuando yo usaba esa estrecha y fea envoltura ó forma humana, segun la llamais vosotros, castigo expiatorio de faltas anteriores, segun algunos, fui un poco liberal: esto quizás os haga reir ahora un mucho, pero es lo cierto que mi humanidad era en aquellos tiempos un Ruiz Zorrilla, un Gambetta, un Garibaldi, uno de esos monstruos en fin, que han sacrificado su vida y su bienestar á un ideal, que si es muy malo, convenid al ménos en que está escrito en el Evangelio predicado por los Apóstoles, y preconizado por el mismo Jesucristo en sus más insignificantes preceptos. Después de todo, aquellos monstruos son honrados. ¡Pluguiera á Dios que todos pudieran decir lo mismo!!

(1) Con este número recibirán nuestros abonados como regalo del CÁDIZ, una notable litografía, grabada á cinco colores, que copia esta magnífica obra.

Pero continuó mi carta.

Sabes tambien que hace 357 años, cuatro meses y algunos días, que el *Alcalde Dr. Cornejo y los licenciados Salmeron y Alcalá*, por ante el escribano *Madera*, me firmaron un pasaporte en forma, vulgo sentencia, con el cual, una mula y los accesorios consiguientes, hice el viaje con toda la comodidad y celeridad posibles. ¿Quién, pues, como yo, actor y co-autor en uno de esos dramas sangrientos, quizás el único que se aproxime algo á una revolucion en esa tierra clásica del no importa y los motines; quién podrá, mejor que yo, ilustraros en esa árdua materia que tratais de desenmarañar, y en la que os embrollais á más y mejor? Habiendo pasado por todas las purificaciones necesarias, y alcanzado la suprema perfectibilidad; libre de los odios, parcialidades y ambiciones, que son generalmente los móviles que predominan en ese mundo de las preocupaciones, del error, del fanatismo y otros defectos, de los conventos, los hipódromos, y otros excesos, auxiliado por la divinidad, cuyas bienaventuranzas gozamos, y que se me presenta ya, en toda su imponente majestad que vuestra estrechísima jaula, esa en que pretendéis guardar la chispa divina, átomo impalpable con que el Dios Omnipotente quiere adornarnos, lo que llamais vulgarmente cerebro, no puede ni aún concebir; con todas estas condiciones, ¿quién podrá mejor que yo dirimir vuestra contienda?

Ante todo te diré, que es un vicio detestable el que teneis en ese planeta, de confundir en las discusiones las cosas con sus abusos. Hablais de religion y la confundis lastimosamente con el fanatismo ó la supersticion; es decir, la obra divina, imperecedera, sublime y necesaria para la existencia de la sociedad, con la obra humana, egoista, estrecha y perjudicial para el mayor número, por más que sea muy conveniente y hasta confortable para los estómagos de los que la explotan. Confundis la filosofia y el filosofismo; la libertad con la licencia; la fé con la ignorancia; la duda con la incredulidad; la razon con la exigencia.

Hé aquí porqué no habeis llegado á entenderos. Si hubiérais comenzado ambos por precisar el asunto, de seguro que hubiérais acabado por estar completamente de acuerdo, porque en el fondo seguramente pensais lo mismo.

Tú no puedes rechazar la revolucion; él no puede defender el alboroto, sedicion ó motin.

Porque tú no puedes blasfemar al estremo que deplores no haber permanecido en aquel delicioso estado de los tiempos de los Loaisas, los Taberas ó los Manriques, en los cuales bastaba tener un libro en inglés en tu casa para ser denunciado, encarcelado y quemado (sobre todo siendo rico), y legar la infamia y la deshonor, por toda herencia, á sus descendientes. De la clásica sopa, sosten de la vagancia, más que alivio de la miseria, arrojada á esta como migaja del festin del refectorio; de aquellos tiempos en que un moribundo acostumbraba dejar heredera á su alma, y sumia en la miseria á su descendencia, y quizás á sus acreedores. Tiempos inolvidables, en los que quedaba la quinta parte de la riqueza imponible en manos de la única clase que hacia voto de pobreza, que debia decir como su Divino Maestro: «mi reino no es de este mundo,» y que en medio de la miseria horrible que desolaba al país, era la que nada producía al Estado. Tiempos verdaderamente apreciabiles por la tranquilidad que se disfrutaba, muy parecida á la del cementerio: en los que no se enseñaba á escribir porque esas eran cosas del enemigo; tiempos, en fin, en los que se perdian ejércitos y armadas, por el capricho ó la ambicion de un favorito.

No, tú no puedes abogar por esto: no abogas, porque entonces tendrías que quemar notables escritos tuyos, tales como *El Testamento de un filósofo*. Quien escribió aquellas páginas, quien concibió trozos tan notables como algunos de *La Flor del cementerio*, no puede romper con la revolucion, con esa progresion constante del espíritu humano, que tiende á su perfeccion. En revolucion estais; en ella continuareis, sobre todo en Europa, mientras no alcanceis el grado de perfecta organizacion social á que en todas las esferas de la sociedad puede aspirarse.

Mientras la Constitucion del Estado no sea la cartilla en que el niño comience á deletrear; mientras la mujer no sea un individuo con iguales deberes y derechos sociales y políticos que el hombre; mientras que

á éste se le pregunte *cómo piensa* y no *qué produce*; mientras el pensamiento no tenga todos los derechos que por su divina esencia le son debidos; mientras el bien de los más no sea la ley de los menos; mientras se cometa la aberración de preguntar al hombre *cuál es su Dios*, como si fuera posible que *hubiera más de uno*; mientras esto y más que me callo suceda, en ese que llamais mundo, *la revolución* seguirá su curso paciente. Pero espera y no te alarmes.

La revolución no es eso que tú has pintado con tan sombríos colores, no. No te hagas traición á tí misma, y á tu claro juicio. Tú has pintado un motin, insurrección ó alboroto, pero no *una revolución*: ésta es invisible, es más moral que material, lo es realmente en su esencia: es impalpable, se le escapa á la policía, se escapa á la ley de orden público; no se oculta, y sin embargo no se vé; no hay que atacarla porque ella no ataca á la sociedad, lejos de eso la eleva, la honra: no teme al juez ni al fiscal; no teme las cárceles ni los presidios, porque está ella misma defendida por un muro inespugnable, que ningún mortal puede escalar por mucho que sea su poder, que es el pensamiento. No puede morir, porque es inmortal. Es la idea.

La idea, que marcha línea á línea, jornada á jornada; la idea, que cuando ha avanzado un paso no retrocede. Podrá pareceros muchas veces que se detiene ó desaparece, pero no, no lo creais; marcha siempre á un despecho de los mismos que, queriendo acelerar su paso tranquilo, la estacionan con uno de esos sacudimientos que tú has pintado magistralmente, sin darle su nombre verdadero.

Tú, hija de *la revolución* por tu inteligencia cultivada; tú, que abandonas gustosa la corona aristocrática, por la corona artística, que eres justamente uno de los jalones que marcan una etapa de esa *revolución moral* que se vá haciendo por sí misma; tú, que diriges un periódico, representando una preocupación más dominada, no seas ingrata, que es la ingratitud vicio feo: llama las cosas por sus nombres, y no olvides que hace unos pocos años, al principio de este siglo, hubieran dicho «que tenía los malos», y no hubieras publicado esta misma revista que diriges, sin tener algun asunto que ventilar con *la Suprema*.

Y á Servando, obrero modesto de la inteligencia, que no se extravió: su obra es santa, y el Dios Creador y remunerador, el que no admite distinción en sus criaturas, ni las sutilezas que los hombres han creado para su uso particular, le ayudará en su trabajo. Pero que esclarezca bien su pensamiento, porque de interpretaciones torcidas pueden venir muchos males. Que él no puede querer que sus escritos en lugar de luz, produzcan tenebrosos *tumultos*. Demasiado sabe el que lee con los ojos del alma, que él, como todos los artífices de la obra de regeneración social, desean la *revolución moral*, no los *motines*; éstos sólo pueden demostrar *la razón de la fuerza*: aquella se hace por *la fuerza de la razón*. Los hombres de buena fé, los que se dedican, con toda la fuerza de su inteligencia, á la árdua empresa de regenerar la humanidad, han de comenzar por ser perfectos. No pueden ser cómplices, ni aún indirectamente, de esa bullente masa que há tantos años tiene el barómetro de la política, que no es más que el de su estómago, y que, con raras y honrosas excepciones, son siempre los mismos. Servir sus miras particulares es, cuando menos, una inocentada. Cuanto se consigue por medios violentos lleva en su propia acción algo de destructor, que si por un momento domina, muy luego se hace insoportable y cae. Recuerde la historia y vea, que cuanto se entronizó por la fuerza, cayó por la fuerza. Caimos nosotros; cayeron Juan Lorenzo y sus trece, en las Germanías; cayó la Convención francesa; cayó Cronwell y cayeron los Stuardos: todo cuanto entroniza la fuerza cae por ella, porque esa es la ley de la humanidad.

Hable, pues, de la revolución, pero hable claro; no confunda á sus lectores: hable de la *revolución moral* que se hace lenta, pero progresivamente, y de la que, sin comprenderlo siquiera, es cada hombre un auxiliar: hombres hay que, sin darse á sí mismo cuenta, no son hoy lo que eran hace algunos años, y esto sin que ellos siquiera se aperciban. Donde reside el talento, hay adelanto progresivo, y por lo tanto *revolución moral*.

D. Carlos mismo ofrecía gobernar parlamentariamente.

¡Cuánto y cuánto hemos hablado Doña Juana, Doña Isabel, su madre y algunos amigos, acerca de vuestros errores y los nuestros!!! ¡Si desposeyéndolos de cuestiones de detalle, continuárais rectos *al frente* vuestro camino de avance, *sin deteneros en molines*, qué pronto haríais, mejor dicho, ya hubierais hecho, vuestra *revolución moral*!! ¡Escribid mucho y bueno!! ¡Ilustrad!! ¡Haced de la enseñanza un sacerdocio; escojed mucho al que ha de producir *las virtudes cívicas* para mañana!! ¡Que el mañana vendrá por sí mismo, sin sacudimientos, *sin molines*!! ¡Ilustrad, y la victoria es de vuestros descendientes!!

Es lástima que *Ocampo* no desarrolle este tema.

Hubiera querido también hacerte saber, ántes de concluir mi carta, cuál es el paradero de Carlos de Austria y otros de los que salieron de ese planeta en olor de santidad, pero debo decirte que aquí arriba se juzgan de muy distinta manera que por ahí abajo: y que el tal espíritu no ha venido ni se le espera aún, como á muchos otros, no obstante los ruegos continuos de su madre y su abuela.

En fin, terminaré porque esta carta se hace muy larga, y es que, como aquí no hay días, ni meses, ni años; como gracias al Dios omnipotente y único que nos hizo recorrer la peregrinación que aún estais sufriendo, no estamos sujetos á ninguna de vuestras necesidades y debilidades, no conocemos el tiempo, y se nos vá sin sentir, porque ya para nosotros no tiene medida. Sin embargo, los que caminamos por España cuando humanos, no podemos menos de ser españoles hasta á la vista de la Divinidad. ¡Hay espíritus que hasta aquí quieren *hacer tiempo*!! ¡Si serán españoles!!! Y son aún impresionables y levantiscos por más consejos que les dan los otros espíritus: básteos saber que los más formales estamos siempre dirimiendo contiendas, que aún entre elementos incorpóreos son desagradables.

Ya os contaré algo de esto si no os desagrada: pero no echeis en olvido el carácter de aquellos para quienes escribis, que lo escrito se lee, los criterios no son todos iguales, y muy bien puede suceder, que lo escrito con la intención más inofensiva, lo que tenga razón más poderosa de ser, mal explicado ó comprendido, produzca un cataclismo.

Acordaos siempre del que fué el mejor caballero de Castilla.

JUAN DE PADILLA.

REVISTA DE MADRID.

Si la buena voluntad es bastante á realizar milagros, la nuestra nos ayude hoy para llenar la gratísima tarea que nos impusimos hace algunos meses, pues hablar ahora de Madrid, en donde nada sucede; de Madrid, que está casi desierto; de Madrid, en donde, con monótona regularidad, los días se suceden y se parecen, contra el axioma filosófico que asegura lo contrario, es hacer prodigios, y mucho más careciendo de inventiva, como nos sucede á nosotros.

Desde nuestra última crónica los recursos han disminuido, quedando reducidos casi á cero.

Los paseos están desiertos, los teatros desanimados, los salones cerrados, mudas las orquestas, calcinadas las calles, los ánimos calenturientos, y lo que ofrece alguna vida se refiere al porvenir.

Terminadas por completo las tareas teatrales, sólo quedan abiertos los circos de Price y Príncipe Alfonso, el teatro de verano del Buen Retiro y La Alhambra, en donde actúa una compañía de opereta italiana.

Las notabilidades del Circo ecuestre son por el momento tres elefantes amaestrados, y algunos perros y monos sabios. En funambulismo hemos visto ya cuanto puede hacerse, y lo propio sucede en equitación; de suerte que el Circo ecuestre tiene hoy de todo menos lo que indica su título, hasta el punto de anunciarse para uno de estos días la presentación de dos artistas, Mr. y Mme. Tósi, que hacen prodigios musicales en el violín.

Los jardines del Buen Retiro son el único punto en donde se halla un poco de fresco; pero en cuanto á novedades escénicas, aquel teatro corre parejas con los circos. Y no es que dejen de estrenarse obras, pero con tan mala fortuna, que cada estreno es un naufragio.

La última zarzuela nueva, cantada en aquel coliseo es una revista en dos actos, original el libreto de Ricardo Vega, titulada *En busca de un diputado*, y que pertenece al género tonto. Continúa poniéndose porque no hay otra cosa, y además porque tiene un bailable de insectos, *La filoxera*, disfrazada de *Suripanta*; por lo cual puede decirse que, en esta obra, la cuestión es de piernas, tanto que el público pasea por los jardines durante toda la representación, y sólo se acerca al teatro cuando llega el citado bailable.

En el Circo de Madrid se ha corrido, en punto á obras nuevas, un temporal desecho. Se estrenó y se enterró en una sola noche *El último paraguas*, y á renglón seguido sucedió otro tanto con *El terror de los mares*, obra que ni aún llegó á terminarse. En tal conflicto volvieron á cantarse en aquel teatro las obras de repertorio, y hoy nos ofrece por toda novedad *El rey Midas*.

Así como al fin de temporada, la compañía italiana que actuaba en el lindísimo teatro de la Comedia, consiguió mantener algo la animación, así también, ahora, una nueva compañía, también de opereta bufa italiana en el bonito coliseo de La Alhambra, nos está proporcionando ratos verdaderamente agradables. Allí es donde se vé algo que es artístico, tanto en las obras como en el desempeño. La última opereta, cantada antes de anoche, ha sido *Las campanas de Corneville*, que ya se había representado arreglada en Jovellanos con el título de *Las campanas de Carrion*. La citada obra agradó extraordinariamente, y lo mismo sucede con todas las que ponen en escena, ya sean ó no conocidas en Madrid.

A los conciertos bisemanales del palacio de San Juan acude todo lo que de la buena sociedad reside hoy en la corte. La música es siempre selecta y de repertorio clásico, mas no abundan las novedades. En los dos últimos se han tocado tres ó cuatro piezas desconocidas para este público, que las ha recibido muy bien.

La sociedad *Union-artística* dió hace días un concierto instrumental y vocal con grandes masas corales, cantando algunas piezas de *Martha* y de *El Profeta*. El efecto armónico era sorprendente, pero el *plástico* detestable. Los coristas estaban vestidos cada cual según su gusto, ó lo surtido de su guarda-ropa, lo que daba por resultado un mosaico digno del *Rastro*. Los *amateurs* aplaudieron la música, pero las señoras torcieron el gesto, y sabido es, que «lo que no quiere la mujer no lo quiere Dios.»

Dichos conciertos no se han repetido.

De toros y cañas, cafés-cantantes y bailes públicos nada decimos, porque en Madrid es el pan cotidiano. Las verbenas de Santiago y San Cayetano se vieron muy concurridas por la gente *del bronce*. En ellas abundaron los puestos de flores y de rosquillas, las disputas, las *brincas* y demás accesorios de tales funciones, terminando con músicas que, recorriendo las calles, hacen la desesperación de los vecinos pacíficos, que desean entregarse al descanso á horas convenientes.

Si habláramos de los proyectos que para el próximo invierno bullen en la cabeza de empresarios, artistas y poetas, esta carta sería interminable; pero en cambio gastaríamos del capital con que contamos para amenizar las revistas siguientes: por lo tanto sería un mal cálculo, y no cometeremos tal torpeza.

La literatura está en reposo, y nada importante se ha publicado después del precioso libro de Don Juan Valera *Pasarse de listo*, del cual ya se ha ocupado el CÁDIZ.

En Valencia, el Sr. San Martín y Aguirre, ha dado á la estampa un tomo en verso, titulado *Las mujeres en camisa*, que es una colección de bocetos, no todos cómicos, aún cuando así parece indicarlo el título, y por cierto que los serios son los mejores, encerrando verdaderas bellezas literarias y de sentimiento los de *La madre*, *La abuelita* y *La niña expósita*. En Madrid ha sido muy bien recibido dicho libro.

Terminamos aquí la revista por falta de asuntos, esperando ser más afortunados en la inmediata.

SOFÍA TARTILAN.

Madrid 15 Agosto, 1878.

VIRGINIA.

(Conclusion.)

Los ojos de Jaime se fijaron en ella con ansiedad; ésta, recogiendo la expresión de aquella mirada, tomó la carta, y adivinando su procedencia, se la dió á Jaime sin abrirla.

—Léela tú, le dijo; y fué á sentarse á la cabecera de la cama.

Su tranquilidad, su admirable calma, revelaban que no se agitaba en aquella alma tan buena ninguna nube tempestuosa. Era su corazón como un pequeño arroyuelo, que sin los agitados oleajes de las grandes pasiones, sigue majestuoso el camino que le trazara en este mundo la mano del Eterno.

La carta era en efecto del conde, según lo había adivinado la joven, y decía así:

«Señora: la virtud, la magnánima abnegación de usted, su desinterés al preferir la mano de Jaime á la mía, me prueban la grandeza de su alma, y deploro mi destino que no me ha permitido ser dueño de semejante tesoro. Sin embargo, soy caballero, y quiero dejar á Vd. la tranquila posesión de su dicha; soy cristiano y me conformo con los juicios de Dios; pero tengo un corazón vehemente, apasionado, me dejó á veces cegar por el orgullo, y estas cualidades me impiden presenciar la felicidad de la mujer que adoro, y admiro tanto como respeto, habiendo tomado en semejante caso la resolución de abandonar, no sólo la España sino la Europa.

«Parto, señora; parto para América esta misma noche, y la suplico si un día la desgracia se posara sobre su frente, si alguna vez en su vida necesitara el apoyo de un corazón leal y sincero, recuerde mi adhesión, mi amor inmenso, y no vacile en llamarme; siempre estaré libre, porque estoy seguro de no hallar en el mundo una mujer como Vd. y una sola palabra suya me haría volar á sus pies.

«En tanto, señora, reciba la respetuosa expresión de mi lealtad, sea Vd. muy feliz; yo haré votos por su dicha, mientras queda sumida en las tinieblas de una eterna noche el alma de su desgraciado amigo

El conde de Piñalvo.»

Esta carta fué la medicina salvadora para el pobre enfermo; ella le daba una prueba de la grandeza de alma de Segismunda, y le aseguraba la entera posición de aquel generoso y noble corazón, que nunca había dejado de pertenecerle.

El rostro franco y simpático de Jaime rodeado de cabellos negros y brillantes como el ala del cuervo, se animó con la expresión de un júbilo infinito; brilló en sus negros y expresivos ojos un relámpago de dicha, y tendiendo ambas manos hacia Sor Teresa, adivinó la fría indiferencia, que la mantenía apartada, y exclamó con la voz balbuciente y las lágrimas corriendo por sus mejillas:

—¿Me perdonas?

Una sonrisa hechicera iluminó el rostro de la religiosa: esperaba aquella demanda, y cómo negarla si su corazón henchido de amor y de caridad sólo anhelaba perdonar...

No necesitó pronunciar una palabra para conceder su perdón; se leía en su rostro, donde aparecían como en un cristal todas las impresiones de su alma angélica y pura.

—¡Amigo mío! dijo Jaime á D. Telesforo, no tengo padre, haga Vd. sus veces en el mundo y bendiga nuestra unión.

—¡Ah! sí; exclamó Virginia, que había entrado momentos antes y oyó estas palabras. Bendiga Vd. su himeneo, padre mío, y bendiga también el nuestro, porque no pueden hallar felicidad completa en el matrimonio los que al dirigirse al altar no hayan recibido sobre su frente la bendición paterna.

—Hijos míos, exclamó enternecido D. Telesforo; yo quisiera daros con mi bendición una paz perdurable y un eterno gozo.

Jaime y Segismunda unieron sus manos, inclinaron sus cabezas y recibieron la bendición que el noble anciano extendía sobre sus frentes en nombre de sus padres, que moraban en el cielo.

Virginia se acercó á la puerta con inquietud como si esperase á alguno que no acababa de llegar; por fin se presentaron dos mozos que llevaban en un sillón á Claudio.

D. Telesforo corrió hacia él extendiendo los brazos.

—¡Hijo mío! exclamó.

—He querido venir yo mismo, aunque no puedo sostenerme, á implorar su perdón, dijo Claudio con tembloroso acento.

—Su perdón, Claudio, su perdón y su bendición, exclamó Virginia: aquí estamos de rodillas esperando recibirla para ser felices.

—Si en eso estriba vuestra dicha, yo os bendigo, hijos míos, y os perdono... y os amo.

Era tal la emoción que sentían los espectadores de esta escena, que todos sollozaban, no osando ninguno rom-

per el silencio que siguió á la solemne bendición de aquellos dos matrimonios.

Parecía como que una cadena eléctrica enlazaba todos los corazones, agitados por un mismo sentimiento.

Los niños fueron los primeros á romperle.

—Abuelito, vamos al Retiro; dijo el mayor.

—¿Me llevarás en coche? dijo el más pequeño.

—¡Ah! ¡con qué pagaremos tanta bondad!... exclamó Claudio.

—Estoy recompensado con las caricias de estos ángeles, y con que haga la felicidad de mi hija, repuso D. Telesforo, tomando el sombrero y disponiéndose á llevar los niños á paseo.

—Lo juro, padre mío; Virginia será dichosa; y yo con su amor y con el aprecio de Vd. el hombre más feliz de la tierra, dijo Claudio, reanimándose como por encanto su abatida fisonomía.

EPILOGO.

Un año después de la escena que acabamos de referir, estaban en una casa de campo, propiedad de D. Telesforo, los dos matrimonios, ocupados en los preparativos de un viaje de placer que pensaban verificar al día siguiente. Iban á Mahón, país natal de Segismunda y Jaime.

Claudio, libre ya de su posición embarazosa y de la miseria que le había hecho viejo antes de tiempo, se hallaba completamente bueno, rejuvenecido y luciendo, como en mejores tiempos su arrogante figura y su rostro demasiado bello para un hombre.

Como amaba verdaderamente á su mujer, y al reconciliarse con su suegro desaparecieron las nubecillas que empañaban el horizonte conyugal, no podía menos de hacerla dichosa.

De Jaime y de Segismunda nada debemos decir porque el cielo de su dicha era tan transparente y tan diáfano que ni la menor sombra le oscurecía.

D. Telesforo chocheaba con sus nietos, que se le subían encima y le obligaban á desempeñar tan pronto el papel del caballo como el del perro.

Y por último, Truchuela, el sastre de la calle de San Agustín, lucía un galoneado y flamante uniforme; era el conserje de la quinta. Su mujer la Sastra, como la decían las vecinas, no se libró en la nueva posición de este apodo porque D. Telesforo que se complacía en verla rabiar, se lo decía siempre con una sonrisa de satisfacción.

Al oírsele al amo, claro está que todos le imitaban, haciendo esto pasar muy malos ratos á la bondadosa mujer, que tenía tan buen fondo, á pesar de su mala forma.

—¡Aquellas picaronas de verduleras tienen la culpa! solía decir algunas veces; pero que rabien; ellas siguen vendiendo nabos y espinacas, y yo soy la señá conserja, y tengo una gran casa y huerta, y jardín y todo cuanto quiero; Dios se lo pague á la señorita Virginia, y la dé tanta gloria y tanta salud como para mí deseo.

—Amen; respondía Truchuela con su flemática y tranquila calma.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Madrid: 1878.

FIN.

NOTICIAS.

Llamamos la atención de nuestros lectores acerca del magnífico grabado litográfico que hoy damos como regalo. Lo grandioso de la obra que copia, el interés que tiene para el mundo comercial y marítimo el conocerlo, y la perfección con que ha sido ejecutado el dibujo y grabado en la notable litografía alemana del Sr. Muller, lo hacen no sólo útil sino bello, y no sólo de interés material sino de interés artístico.

Esto probará á nuestros abonados el deseo que nos anima de corresponder á sus atenciones.

Hemos recibido y damos á sus autores las más expresivas gracias por su atención, *Los siete dolores*, poemita en verso por J. Conde de Salazar y Souleret, y *Recuerdos y sombras*, poesías de Acacio Cáceres Prat.

Hemos tenido el gusto de recibir el *Martes*, periódico humorístico de Málaga que está escrito con suma gracia.

La academia Gaditana de ciencias y artes nos dirige la siguiente comunicación:

«Reunida esta Academia en sesión general el 31 de Julio último, para verificar las elecciones de su Junta Directiva, acordó por unanimidad dar un voto de gracia á la anterior, la que salió reelegida; pero habiéndose presentado varias dimisiones de los electos por tenerse que ausentar de esta ciudad, se procedió á verificar nueva elección, quedando constituida en la forma siguiente:

D. José M.^a Mateos, Presidente. D. Agustín Moyano Esteban, Vice-Presidente. D. José Soler y Ranero, Deposita-

rio-Archivero. D. Faustino Díaz y Sanchez, Secretario general. D. Juan de Burgos y Requejo, Presidente de la Sección de Ciencias Exactas. D. Andrés Pastorino y Rivera, Presidente de la Sección de Bellas Artes. D. José M. Riosco, Presidente de la de Ciencias filosóficas y Literatura.

Lo que tengo el honor de participar á Vd. para su conocimiento.—Dios guarde á Vd. muchos años.—Cádiz Agosto 7 de 1878.—El Secretario general, *Faustino Díaz y Sanchez*.—Sra. Directora del CÁDIZ.»

Hemos recibido los números publicados (excepto el primero), de *La Libertad*, periódico que ha empezado á publicarse en la Habana, y desde luego admitimos el cambio, saludando afectuosamente al nuevo colega, y deseándole prosperidades.

También hemos recibido *La Estudiantina*, semanario cubano, que como su título indica se redacta por estudiosos jóvenes.

Le deseamos muy buena suerte.

Hemos recibido, y lo agradecemos mucho, el *Informe* presentado al Excmo. Ayuntamiento de Jerez de la Frontera por la comisión nombrada para el estudio de la filoxera en la provincia de Málaga, y el *Reglamento y organización* de la compañía de soldados jóvenes de Infantería de Marina.

El día 12 del corriente se reunieron en la elegante caseta que ha tenido en la *Velada de los Angeles* el Sr. D. Juan Pol, Jefe Económico de la provincia, por invitación de nuestra Directora, que tenía autorización previa de su amigo, los Sres. General Velasco, General Terror, Marqués de Avilés, Senador D. Ignacio de Sabater, Presidente de las *Ligas de Contribuyentes* D. Bernardino de Sobrino, Ingeniero de la Provincia Sr. la Orden, Coronel de Ingenieros Sr. Torner, Ingeniero de caminos y canales Sr. Borregon, Coronel Sr. Gomez Colon, Director del *Diario de Cádiz* señor Franco de Terán, representantes de las sociedades Económicas de Cádiz y Sevilla, Sres. Rocafull, Sanchez de Arjona y Romerosa, á los cuales espuso la Sra. de Biedma su deseo de que se piense ya en dar forma al proyecto de canalizar el Guadalquivir desde Córdoba á Sevilla, teniendo la satisfacción de oír de labios de todos los Sres. invitados las más afectuosas protestas de adhesión á su pensamiento, y la explicación científica de las medidas que hay que adoptar para llevarla á cabo.

La falta de espacio en este número nos impide dar detalles de lo acordado, como lo hacen nuestros apreciables colegas locales el *Diario de Cádiz* y la *Prensa Gaditana*, á los que agradecemos infinito la preferente atención que han prestado á este asunto, dedicándole sus artículos editoriales, y sólo diremos que, encargadas las sociedades *Económica* y *Liga de Contribuyentes*, de estudiar el medio de llevarle á cabo, el proyecto de nuestra Directora, que tanto bien ha de reportar á las provincias de Córdoba, Sevilla y Cádiz, está en vías de convertirse en hecho; con más espacio nos ocuparemos de este importante asunto.

Hemos tenido el gusto de saludar en esta redacción al diputado y Director de *La Patria* Sr. Alba Salcedo, que en breve volverá á Madrid.

La última función dada por la *Sociedad Dramática* ha sido notabilísima, probando los distinguidos jóvenes encargados de interpretar la linda obra de Tamayo *No hay mal que por bien no venga*, que cada vez son más artistas y dominan mejor las dificultades de la escena.

Los felicitamos afectuosamente, enviándoles nuestro pésame por la muerte del que era su compañero Sr. García de la Lama, y nuestra gratitud por las deferencias que les debemos.

Ha llegado á esta ciudad, de vuelta de los baños de Betelú encargándose otra vez del Gobierno civil de la Provincia, el Excmo. Sr. D. Federico de Sawa.

Le felicitamos por su buen viaje.

El Excmo. Sr. General Velasco salió el 18 de Cádiz con toda su familia para Getafe, donde fijarán por ahora su residencia. El 17 se había hecho cargo de la comandancia general de esta plaza, el Excmo. Sr. D. Juan de Dios Córdoba, al que deseamos todo género de felicidades entre nosotros.

La falta de tiempo nos ha impedido publicar como hubiera sido nuestro deseo, la sentida poesía escrita por el Sr. D. Luis Abarzuza en memoria de su malogrado compañero artístico Sr. García de la Lama, que leyó el mismo autor.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor.
Sacramento, 39 y Bulas 8.